

Abril del 2017

MEDITA CONMIGO

"Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia" (Heb 12:28).

También esta meditación quiero abordarla con una frase breve, pero elocuente respecto al presente tema: *La prueba de que un corazón no padece amnesia es que late con gratitud.*

Sólo hay dos clases de amnesia, la del cerebro y la del corazón; la primera es a todas luces involuntaria, y su manifestación extrema es la temible y nada agradable dolencia llamada hoy Alzheimer; la segunda tiene que ver con una desagradable actitud generada en el ser interior humano, alimentada por un soberbio egocentrismo (Os 13:6), y mostrada en una displicente falta de atención a quien fue previamente su favorecedor, llamada de manera sencilla *ingratitude*; ésta causa un dolor agudo, difícil de sobrellevar, tanto que, Dios mismo se duele de este comportamiento humano y que ha quedado registrado en varias partes de las Escrituras, una de las cuales dice: *Bien pronto olvidaron sus obras; no esperaron su consejo, ... Olvidaron al Dios de su salvación, ...* (Sal 106:13, 21); este olvido no es otra cosa que no valorar lo que alguien hizo por nosotros, pero más esencialmente es demeritar la persona de quien recibimos favor; el trato de Dios al respecto es tan drástico que le inspiró a David a escribir: *Los malos serán trasladados al seol, todas las gentes que se olvidan de Dios* (Sal 9:17).

Ahora bien, la primera forma de mostrar gratitud es con la expresión de la palabra *gracias*, pero ésta debe tomar forma en acciones, para que la palabra *gracias* no sea solo una locución protocolaria, es decir, un formalismo de urbanidad.

Si nos damos a la tarea de investigar, encontraremos que la acción de dar gracias a Dios se encuentra de principio a fin en las Escrituras, pero también notaremos que sólo los hombres de fe la tradujeron en acciones, desde Abel hasta el último hombre de Dios de quien nos testifica la Escritura; por eso es que Santiago nos dice que la fe sin obras es muerta (Stg 2:20-21). Pero observemos la actitud religiosa humana que piensa que su gratitud a Dios es mostrada, por excelencia, en la participación de los cultos religiosos, y vive olvidado de mostrar gratitud a sus semejantes, comenzando en sus progenitores, cosa que hizo patente el apóstol Juan al comunicarnos esta verdad: *¿Cómo dices que amas a Dios a quien no has visto, y no amas a tu hermano a quien has visto?* (1 Jn 4:20); digámoslo de otro modo: *¿Cómo dices que eres agradecido con Dios a quien no has visto, y no eres agradecido con tu prójimo?* No porque sí Pablo exhorta diciendo: *Sed agradecidos* (Col 3:15); *¿Cómo es posible que un ser humano pueda olvidar a quien le cuidó cuando era indefenso, y le proveyó lo necesario en su crecimiento hasta que pudo valerse por sí mismo, para no mostrarle alguna consideración, honra y respeto, es decir pues, gratitud? Esto es digamos de las cosas relevantes en las que el hombre ha de mostrar gratitud, pero no pueden quedar fuera los apoyos de cualquier índole que se recibió de parientes o amigos.*

El reino incommovible que hemos recibido es aquel que tiene una sola ley, la del amor, cuyo Rey plasmó en la cruz del calvario; es imposible que alguien que haya recibido tanto amor no pueda dar amor, pero esto sólo es posible para los que no consideran a Jesucristo como el fundador de la religión que dicen practicar, sino para los que le consideran digno de temor y reverencia; de temor por cuanto él es Dios, y de reverencia por cuanto él es el dador de la vida. Esto sólo puede provenir de fe, porque sin fe es imposible agradar a Dios (Heb 11:6).

Tu hermano el predicador
Fernando H. Nava